

**“TODA REVOLUCIÓN ES UN FRACASO,
SOLO TRANSFORMA LA REVELACIÓN”
ENTREVISTA CON JUANA ROSA PITA**

ALEXANDER PÉREZ-HEREDIA¹

Son muchas las conversaciones que a lo largo de más de quince años he tenido con Juana Rosa Pita, y desde hace tiempo tenía el proyecto de compartir uno de esos diálogos con los lectores y estudiosos de su obra. Por eso acepté con entusiasmo la invitación del Dr. Carlos E. Paldao a realizar esta entrevista para la Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Aquí presentamos una parte de la charla más o menos formal que comenzamos cuando visité a la poeta a finales de mayo de este año.

Los tres días que pasé en Arlington no alcanzaron para todo lo que queríamos hacer, tres meses tampoco hubieran sido suficientes. En algún momento del día íbamos a caminar por el centro de Boston y hacíamos algún recorrido, de los que hace ella todos los días, mostrándome las mejores librerías, cafés, restaurantes... Visitamos el Houghton Library of Harvard, que adquirió una parte importante de sus archivos para abrir la colección de sus “Papeles” –otro grupo significativo de sus manuscritos y documentos lo entregó junto a mí en

¹ Docente universitario en el *Queensborough Community College, The City University of New York*. Fue investigador en el Departamento de Literatura del Instituto de Literatura y Lingüística, profesor del Departamento de Estudios Cubanos del Instituto Superior de Arte y de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Obtuvo su PhD en New York University en 2016. Ha publicado *Epistolario de Nicolás Guillén* (2002), *Antología poética de Juana Rosa Pita* (2019), y es autor de numerosos ensayos y artículos sobre literatura y artes plásticas.



© Juan Rosa Pita. Parma, 2014.

noviembre del 2005, antes de mudarse a Boston, en el Cuban Heritage Collection de la Universidad de Miami. En el acogedor apartamento de la escritora, rodeados de libros, obras de arte y valiosos recuerdos, conversamos sobre muchos temas, revisamos y copiamos documentos de su archivo, compartimos exquisitos platos y excelentes vinos, y disfrutamos del bello atardecer que en pocos lugares se puede presenciar como desde el ventanal de su sala. Frente a nosotros, en la mesa de centro junto a otros libros, estaba la antología que preparé de toda su poesía y que hacía poco había llegado desde la editorial Verbum, en España. A sus increíblemente jóvenes 79 años, Juana Rosa Pita tiene todo tipo de proyectos, a los que habrá que añadir segundas y terceras partes para esta entrevista.

Alexander Pérez Heredia. Usted escribió su primer poema con más de treinta años, cuando era ya madre de tres hijos y exiliada

¿Cómo fue ese comienzo en la literatura? ¿Y cómo es posible que haya publicado más de 30 libros desde entonces?

Juana Rosa Pita. Pasados once años de la salida de Cuba en 1961, pude volver a mis estudios universitarios en George Mason University y por ende a la inmersión en la literatura y la poesía hispánica. En los casi tres años en Miami habían nacido Lourdes y Mario Alejandro (María Isabel es habanera) y durante los 6 primeros años en Virginia trabajé duro como asistente de salón de operaciones hasta hacerme técnica de cirugía, sin por ello perder mi oriente. Casi año y medio vivimos luego en Caracas, donde recobré los “Cantares” de Antonio Machado en la voz de Juan Manuel Serrat, a quien pude escuchar y saludé una noche. Y de vuelta a Virginia me apresté sin premeditarlo a entrar en un mundo nuevo. En 1973 me sorprendió mi primer poema aunque ya uno había soñado en inglés en 1972, pero que no era mío sino entrevisto por una grieta en el tapiz del tiempo-espacio, pues se cumplió quince años después. Y en 1973 descubrí Italia (Venecia, Asís, Florencia, Roma): tierra “del renacer cumplido/ al ir entretejiendo tiempo y alma”.

Comencé a escribir de lleno en enero de 1974, con plena conciencia de vocación y destino. A quien primero le mostré poemas –mi profesor de literatura medieval y del Siglo de Oro, Victorio Agüera (de Almería)– le debo la fuerza moral que me movió a enviar dos de ellos a Málaga, y así gané el Primer Premio de Poesía para Hispanoamérica del Instituto de Cultura Hispánica en 1975. Al regreso de España comencé a hacer el doctorado, con una beca que me comprometía a enseñar dos cursos de lengua, en The Catholic University of America. Ese otoño pasó Borges a dar una conferencia sobre las sagas escandinavas, y me pidió un vaso de vino tinto antes de comenzar. Con eso perdió su miedo escénico, y cuando al final me le acerqué para que me dedicara *La rosa profunda*, me reconoció (ya estaba ciego): “Ah, ¡la dadora del vino!”. A ese buen auspicio se sumó el de mi profesor argentino de literatura hispanoamericana, David Lagmanovich, que, entusiasmado con mi inédito *Pan de sol*, me propuso que fundáramos las Ediciones Solar, para la que contábamos con la imprenta y el correo universitario. Sin su apoyo jamás hubiese podido proyectar mi obra tan lejos: sus listas de distribución pusieron mis primeros libros de inmediato en manos de poetas como Jorge Guillén y Roberto Juarroz, por ejemplo, que los elogiaron sin reservas y me enriquecieron con su amistad hasta el fin. Además, se reseñaron en Madrid y Tucumán.

He publicado mucho aunque, como sabes, algunos manuscritos han ido quedando inéditos (otros se extraviaron en mudanzas), porque algo de misionero hay en mi visión del papel de la poesía en este mundo: revelar las conexiones invisibles, en fin: “despertar corazones durmientes”, como dice un poema de *Legendario ‘entanglement’*. Creo que la poesía es un llamado a la realización plena de cada ser humano como tal: ella tiene la capacidad de unir por lo esencial y perdurable. Lo demás es dar palos de ciego. Como digo en uno de mis *Sorbos de luz*: “Toda revolución/ es un fracaso: solo/ transforma la revelación”. Y lo hace sin imposiciones, sino más bien por sugerencias y alusiones, que tocan íntimamente. Y es que la poesía, como la religión, vela cuando revela, y viceversa.

Algunas publicaciones han sido consecuencia de los premios y otras distinciones. En Italia me han publicado seis libros, tres de los cuales, en ediciones bilingües, son primeras ediciones también en mi lengua, *Aires etruscos* y *Meditati* por ejemplo. Y desde 2007 la Campanotto Editrice ha publicado tres libros míos, el primero la tercera edición de *Penélope*, ya traducida al italiano, en ocasión de un Congreso de Literatura iberoamericana al que fui invitada en la Universidad de Florencia.

APH. Ha conocido y se ha relacionado con grandes escritores y artistas cubanos, especialmente aquellos que se exiliaron entre los años sesenta y ochenta ¿Alguno de ellos ha sido especialmente importante en su vida o en su escritura?

JRP. Bueno, quisiera empezar por uno casi desconocido ya que su vida fue truncada cuando apenas había publicado una primera novela, *No hay aceras* (1969), primer finalista del premio Planeta. Era en los tiempos de Virginia, mi prehistoria poética, y Pedro era un amigo de la casa; en particular mío y de mi madre. Hasta que ese mismo año, dos delincuentes juveniles que practicaban su puntería dejando caer pesadas tapas de alcantarillado contra los coches que pasaban bajo unos elevados de Washington DC, dieron en el blanco al pasar el suyo, sobre su cabeza. Pasé dos días llorando su terrible muerte. No en balde cuando descubrí la poesía como destino en enero del 74 lo primero que hice fue una glosa a estos versos de Martí: “Yo tengo un amigo muerto/ que suele venirme a ver:/ mi amigo se sienta y canta./ canta en voz que ha de doler”. Había tenido un sueño en el que Pedro venía corriendo hacia mí, feliz con un paquete timbrado por los sellos más coloridos jamás vistos. Lo tomé como una señal y me dio la

cosmovisión epistolar de mi poemario *Las cartas y las horas* (1977), dedicado a su memoria.

Cuando me mudé de Virginia a Miami en mayo de 1978, conocí casi enseguida en un almuerzo a Enrique Labrador Ruiz. Se me han extraviado los tres “Sonetos neblinosos” que escribí por entonces, aunque tal vez estén en algunas de las cajas de archivo que entregué al Cuban Heritage Collection antes de mudarme a Boston en el 2005. Tuvimos una buena amistad: conversábamos en el “portalito” de su apartamento en la *sawesera* (amaba mi poesía e insistía en que publicara mi prosa); o venía con Cheché (mis hijos lo recuerdan esgrimiendo un pan cubano al entrar en casa), y en algunas ocasiones nos reuníamos en casa de la pianista Olga Díaz, con Soriano y su Milagros, durante veladas inolvidables, rodeados de cuadros de quien he llamado “Rafael de la luz”. Labrador y Cheché se iban antes de que la anfitriona se sentara a deleitarnos al piano, y bromeaba diciendo que a él el único teclado que le interesaba era el de la máquina de escribir.

He escrito bastante sobre él, quien dio el golpe de gracia al realismo en la literatura hispanoamericana: “Labrador en el laberinto, o el labrador de sí mismo”, por ejemplo, y logré poner en sus manos antes de morir su única obra de exilio: libro pre póstumo e inclasificable, *Cartas à la carte*, en que se revela como el simpar “arqueólogo del idioma” que lo llamo en el prefacio, a la vez que nos acerca a los recodos más íntimos de su humanísima sensibilidad. El día que se lo llevé, por unos minutos recobró la lucidez que ya lo había abandonado (culpa de la arterioesclerosis) y viendo en portada su retrato con sombrero de guano, pintado por Cundo Bermúdez, la emoción le permitió reconocermé: “¡Buena labor has hecho!”. Y tal apretón me dio en el brazo cuando me incliné para despedirme, que tuve un nervio pinchado doliendo durante tres semanas, hasta que un barquero veneciano me dio un tirón compensatorio para alzarme de su barca. Era junio de 1990. Por entonces yo era “Visiting Assistant Professor” en Tulane University de Nueva Orleans, y pasaba los veranos entre Miami, Italia y Boston. Varias veces Labrador me expresó su pesar por no haber podido sacar de Cuba dos novelas inéditas, temía que se perdieran para siempre: “El ojo del hacha”, y “Custodia de la nada”.

APH. ¿Qué otros escritores y artistas han sido importantes para usted? ¿Qué le han enseñado?

JRP. Sin dudas Pablo Antonio Cuadra, el gran poeta de Nicaragua, a quien encontré por primera vez al pie de los Alpes, en

Garmish-Partenkirchen, una mañana de junio de 1981. Llegaba yo de una lectura en la Universidad de Ratisbona, a pasar el fin de semana en casa de Franz Niedermayer, traductor mío y de Pablo Antonio al alemán. Hermoso encuentro aquel que marcó el carácter feliz y fructífero de nuestra amistad hasta su muerte, diez días antes de la de mi padre, en enero del 2002. Poco después de regresar a Miami recibí su hermoso poemario *Siete árboles contra el atardecer*, que me dedicaba "...admirando la lengua de tu poesía y el corazón que la hace", y citaba un verso de *Viajes de Penélope* ("no necesitas llave para abrir la hermosura") antes de cerrar con un simple "Te lee y quiere, Pablo Antonio". El poemario se lo había leído en el tren que lo llevaba a Franckfort. Tengo la foto que le hice casi colgado en la escalerilla al despedirse; llevaba mi poemario más reciente entonces apretado contra el pecho.

En octubre de ese mismo año coincidimos durante toda una semana en el II Congreso de Escritores de Lengua Española en Caracas. Allí le presenté a Roberto Juarroz, con quien ya me carteaba, y nos reunimos a "hacer eternidad" durante ratos libres. Poco después ya era yo una presencia familiar para los lectores de *La Prensa Literaria* de Managua que él dirigía, en particular desde que en diciembre de 1982 me dedicó dos páginas completas de la sección 'Poetas de América' (foto, nota de su pluma y selección de poemas), que recibí sorpresivamente en Miami, poco antes de una carta suya en que me llegaron dos acuarelas en miniatura (pintaba muy bien) que atesoro. En una de ellas se lee: "La soledad del poeta/ es la ALTURA/ imprescindible/ para que todas las voces, sean escuchadas". Nadie celebró más que Pablo Antonio cuando me otorgaron en Pisa el VIII Premio Internacional 'Ultimo Novecento'. Y antes que la revista *Vuelta*, de Octavio Paz, sacara una nota felicitándome, ya estaba desplegada en *La Prensa Literaria* la crónica de las nominaciones y motivación final del premio. A fines de 1987 prologó en Costa Rica mi poemario *Plaza sitiada*, que inaugura la Colección 'Poesía en Exilio' ("doloroso privilegio", escribe) de la editorial Libro Libre. También yo escribí con entusiasmo sobre ese eternamente joven "Odiseo de mar dulce", "tejedor de mitos" y "sembrador de estrellas", como lo llamo en distintas ocasiones. Nos vimos siempre que estuvo por un motivo u otro en Miami, e incluso una vez bajo el 'Spirit of Saint Louis' del Museo Aeroespacial de Washington. La última vez fue, creo, en 1995, en la inauguración en Miami de la muestra de tapices que su nieta había

tejido con imágenes de su poemario *El jaguar y la luna*. En aquella ocasión su mujer le dijo: “Ven acá, chico, ¿cuándo piensas tú envejecer?” Y él sin inmutarse: “...un día antes de morir”. Como ves, fue ¡un verdadero maestro!

APH. ¿Qué autores lees?

JRP. Eso depende del momento. Durante mi prehistoria poética, por así decirlo, releía a Lorca y a Tagore (traducido por Zenobia), pues eran las únicas obras completas que tenía a mano. El primero, el único libro que pude sacar de Cuba en 1961, y el segundo, el único que pude comprar (con descuento) en Madrid antes de embarcarme en Cádiz hacia América tres meses después. Ahora releo, según el momento, a veces fragmentos de Homero y Sófocles en que escucho la música atemporal del alma humana, de su destino que se convierte en destinación, como en ciertos cantos de Dante (también de los menos frecuentados *Purgatorio* y *Paraíso*), a quien releo en italiano. Y vuelvo a poemas esenciales de Ungaretti, Pablo Antonio, Juarroz...

Releo el último libro del ensayista Giuseppe Prezzolini: *Dio è un rischio* (Dios es un riesgo) y releo a los cuatro Evangelistas, inquebrantables puntales de mi espíritu. Nunca alcanzó la poesía cotas más altas que cuando escribió Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios...”, tirando el puente verdadero entre lo divino y lo humano que potencia la creatividad y la búsqueda de belleza y verdad tanto en la vida como en el arte: amorosa pasión de la que están exentos, hasta prueba contraria, las piedras, las plantas y los animales. Y releo al azar pensamientos de Leonardo Da Vinci (y los traduzco), quien no sabía latín pero fue un genio humilde y por tanto emulador de Dios (del misterio del número 3 en sus matemáticas celestes), hasta el fin empeñado en hacer inmortal la belleza que en la naturaleza muere, y en cifrar toda ciencia adquirida mediante observación, sentimiento y experiencia en obras o diseños de arte que la hicieran transmisible. Debo decir que “El secreto de Leonardo” (me enamoré de la física por sus estudios de óptica) fue mi primer ensayo literario, y me valió el primer premio en un concurso de oposición entre los alumnos de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás de Villanueva de La Habana en agosto de 1958. El texto *se* perdió, naturalmente, pero creo haberlo internalizado. Lo que no sé decirte es qué estaré releiendo mañana. Porque tengo libros en solera por años, hasta que un día los retomo como si fuera la primera vez.

APH. Yo veo un vínculo esencial entre la música y su poesía ¿Cree que su educación y conocimiento musical han sido importantes para su escritura?

JRP. Sí, sí, definitivamente, ese vínculo es esencial desde que tengo memoria. Me contaba mi madre que antes de cumplir dos años, dando saltos en la cuna, cantaba, completa y con impecable entonación, la canción “Nosotros”, mi favorita entre las que a ella le escuchaba cuando estaba contenta. Mi padre, por su parte, tenía una hermosa voz de barítono; escuchaba óperas de Leoncavallo, Verdi, Puccini... y a principio de los 50 cantaba su repertorio napolitano (Santa Lucía, Torna a Sorrento...) en la sala de casa, conmigo al piano acompañándolo de oído. Mi educación clásica (Bach, Mozart, Chopin...) duró desde los 6 años hasta que a los 12 los estudios de bachillerato ya me envolvieron demasiado, pero mis dedos y mi alma la tienen en memoria.

Eso me recuerda que en una ocasión Eugenio Florit me declaró su entusiasmo porque mis poemas –a diferencia de muchos contemporáneos– recordaban que la poesía es música. Música cuyo lenguaje, como había anotado en *Chopin o El poeta* Guy de Pourtales casi dos siglos antes, es la palabra, es decir, el sonido determinado por el sentido, mientras que el lenguaje de la música es el sonido indeterminado. Pero la fuente de ambas artes temporales por excelencia es la misma, sin dudas divina: el lenguaje de Dios, diría Einstein, cuyo pensamiento abstracto representan las matemáticas y cuyo *modus operandi* trata de descubrir la física teórica, como comprobé al encontrar en abril de 2015 *The Beautiful Invisible/ Imagination and Creativity in Theoretical physics* (2011) y por ende a su autor, Giovanni Vignale, con quien me he embarcado en los presentidos “trabajos de armonía”, obra destinada a quedar inconclusa, y cuyos primeros cuatro poemarios he entregado desde entonces. El más reciente: *Imaginando la verdad* (2019), gemelo de “La quinta estación”, que tal vez se publique en 2020.

Creo que esa relación fue perceptible desde los inicios: en un aviso de recibo del 8 de octubre de 1979, Enrique Labrador anota: “En *El arca de los sueños* veo bailar figuras de la antigua Grecia; se toma aliento y se vuelve al baile”, previendo con mucha anticipación mi título inédito “Albores de la danza”, del que tú has recogido algunos poemas en mi *Antología* recién publicada por Verbum. Y sin ir más lejos, más que un indicio suficiente de ello doy en mi largo poema “Modo chopiniano”, que con idéntico lenguaje expresa el *Ars*

poetica del músico y de esta poeta que más adelante iba a escribir su autobiografía imaginaria: *Manuscrito en sueños/ Estudio de Chopin*, único libro mayormente en prosa que he publicado hasta hoy.

APH. ¿Existe la inspiración?

JRP. ¡Figurémonos si no existe! Definirla es otra cosa, pero en todo caso implica un sentimiento que al tocar el alma altera la mente y reaviva su potencial imaginario y creador. Cada obra de arte es una prueba de ella. Lo que la induzca podrá ser un encuentro (con una persona, una ciudad, una obra...), una vivencia que de súbito se entroniza en la memoria, una experiencia. A veces basta una palabra pronunciada por quien nos importa y escuchamos con atención indivisa puede desatarla, como el milagro de uno de mis poemarios más recientes. En todo caso no hay inspiración que valga si a ella no nos entregamos casi obsesivamente, a ver hacia donde nos lleva, a qué hallazgo o cumplimiento. La inspiración es una brújula que no falla, ni en la vida ni en el arte, si tomada como una epifanía, una iluminación, una intuición que se nos regala pero a la que hay que responderle con entrega. Recuerdo que en los primeros tiempos el título de un poema o un libro me llegaba indiscutido, apenas escritos los primeros versos, o los últimos, o los del medio.

Ahora a veces se da el caso de que diversos contendientes vengán a mis labios como gorriones al borde de la fuente, sin que ninguno acepte ser descartado a beneficio de otro tal vez más efectivo, pero incompleto a la hora de nombrar *el escalonado enigma* que es cada vivencia, que soy y somos cada uno de nosotros y que es la existencia misma cada instante. Tal vez por eso me encantan las escaleras, y en particular las escalinatas, que suelo subir y bajar en diagonal para mejor alargar el paso e impulsarme. Mientras más vivo y laboro por dar vida a lo que conmigo no muera, más joven me siento. Y eso acepto que no es realístico o usual, pero tampoco es infundado. En su biografía de Robert Browning, Chesterton anotó que de joven el poeta vislumbraba la desintegración del intelecto que, no obstante, resultó en él rejuvenecido con los años; y no hay modo de que lo que hablo y escribo no muestre una tendencia afín. Tal vez la inspiración con frecuencia no es más que la palabra resucitada por la emoción.

APH. ¿Hay una hora del día y lugar en que prefiera escribir? ¿Escribe a mano? ¿Corrige mucho? ¿La escritura es siempre placentera?

JRP. He comenzado a sospechar que el movimiento y la velocidad me favorecen en ese sentido. A menos que tenga una carta o un trabajo urgente que escribir, jamás me siento a escribir poemas (prosa sí, por supuesto) por simple disciplina. Otra cosa es pasar poemas al ordenador, pero escribirlos, no se sabe dónde va a suceder: cuando la primera idea o verso ronda, puede que esté en la guagua camino de Harvard Square (o de regreso), y por eso tengo libreticas o papeles sueltos en la cartera. Puede que esté tendida en el sofá o que me haya acostado a dormir, y en ese caso más me vale levantarme y tratar de ponerlo sobre papel. Si la epifanía en cuestión se viene componiendo en silencio a raíz de “un golpe de luz o de tiniebla”, puede de súbito manifestarse como empezaron a fluir los 18 versos iniciales del largo poema fuga (400 versos: el más largo que he escrito) que da título a *Tela de concierto*. Venía de dar mis clases en Tulane University y caminaba bajo los magnolios florecidos de Pine Street, calle en que viví por 3 años cuando era Visiting Assistant Professor allí, de 1989 a 1992.

Pensar que podía perder un poema tan apremiante (me lo iba repitiendo en lo que apretaba el paso) no fue tan placentero, y mucho menos haber sabido poco antes que había muerto quien fuera para mí, a pesar de la brevedad de nuestro encuentro, el hermano que nunca tuve: el pintor arequipeño Gilberto Urday. Pero en todo caso se siente una rara dicha cuando se cumple un vaticinio hermoso. Y él me había dicho en su carta más enigmática: “Las respuestas se te darán a través del arte... La vida incluye todo, hasta la muerte, y para trascender hay que morir”. Ese libro pone de manifiesto que la muerte, siendo como es tránsito, no necesariamente interrumpe los diálogos nacidos por profundas afinidades electivas, sino que misteriosamente los expande hasta entrelazar las vidas, y prescindiendo del espacio-tiempo las ilumina y proyecta fuera del punto cronológico, a la redonda ya de modo perdurable.

Lo de las correcciones, depende: hay poemas que nacen enteros, y otros, parafraseando a San Juan de las Cruz, tienen palabras dadas por Dios pero otras que me las tengo que buscar yo. Esos puede que exijan varias rondas de correcciones!

APH. ¿Cómo era la familia de la que proviene, cuáles son sus raíces? Además de su padre, del que ya me ha dicho que cantaba ¿hubo algún artista en su familia o alguien que alentara su vocación por el arte?

JRP. Raíces canarias y cántabras por parte de padre (Justo Pedro Padrón Santalla) y castellanas y andaluzas (Rosa Cabezón Espi-

nosa) por parte de madre, pero de tres generaciones en Cuba y bien arraigadas en Palmira y Cienfuegos la paterna y en Cárdenas y La Habana la materna.

Mi madre dibujaba precioso hasta que para curarse de claustrofobia se sometió a un psicoanálisis: jamás volvió a pintar. En su mesa de noche descubrí lecturas maravillosas: los cuentos de Perrault, los cuentos de hadas chinas, las *Rimas y leyendas* de Bécquer, *El ruiseñor y la rosa*, de Oscar Wilde, y alguna que otra novela de Eça de Queiroz. Mi padre interpretaba personajes de carácter en las salas de teatro habaneras: Las Máscaras, Bellas Artes... Lo fui a ver en obras de Lorca y de Ionesco. Pero fue mi primo Juan René Cabrera, mucho mayor que yo, quien vino una vez desde Cienfuegos a hospedarse en casa cuando yo era adolescente, y recuerdo un momento en que, sentado al escritorio él conmigo enfrente, me habló de no sé qué... Solo recuerdo la mirada de “aquellos ojos verdes en cuyas quietas aguas un día me miré”. Tal vez desde entonces he estado adentrándome en el amor abierto. Su mirada inmortal era poesía. No supe de él hasta los ochenta cuando logré alegrarlo haciéndole llegar a Cienfuegos *El arca de los sueños*; y algunos poemas suyos logró a su vez enviarme. Luego nos perdimos de nuevo hasta siempre.

APH. ¿Qué recuerdos tiene de La Habana? ¿Cómo era la ciudad en la que vivió hasta los veintidós años?

JRP. Nada que ver con la ciudad de los cabarets de que tanto se habla. Recordaré siempre una vez bajo las estrellas cuando a los quince me envolvió la noche azul frente al mar. De pequeña mi padre, que era tenedor de libros, a veces me llevaba de la mano por La Habana a los distintos negocios en que trabajaba. Por ejemplo, el almacén en que los hermanos Kaufman (para mí los Tanitos) tenían sus barriles de botones era un mundo mágico: me subía en un taburete para asomarme a ellos y escoger los más bellos. También el piso entre San Rafael y San Miguel en que vivían las amigas sombrereras de mi madre. Mi mundo giraba en torno a la calle Estrada Palma por donde montaba patines y bicicleta, el cine Los Ángeles adonde iba con Abuelo los domingos, el magnífico Colegio Nuestra Sra. de Lourdes en Santa Catalina, donde aprendí con alegría a valorar los frutos del propio esfuerzo hasta graduarme de Bachillerato en 1957. Luego las aulas de Villanueva, por último las de la Facultad de Filosofía y Letras en La Universidad de La Habana cuyas escalinatas recorro en algu-

nos sueños. Todavía recuerdo las lecciones magistrales del historiador Herminio Portell Vilá, muerto en Miami en 1962.

APH. ¿Cómo fue salir de Cuba con una niña de 4 meses dejando atrás a sus padres y a su esposo asilado en una embajada?

JRP. Ya puedes imaginarte: un salto a lo desconocido, pero no había tiempo de pensar, y sí fe y juventud para afrontar las cosas. Recuerdo ahora una tarde en el portal de casa, a la hora de la brisa del anochecer: “En este país va a suceder algo terrible”, dijo un francés que había estado viajando por la isla y se había quedado prendado con todo lo que vio. Después de un silencio que pareció eterno... “Pero por qué Ud. dice eso”, protestó con seguridad mi madre. “Es que ustedes no saben lo que tienen”. Recordé su voz de oráculo mientras cuatro años después volaba en el Iberia de hélices que a la mañana siguiente hizo una escala para bajar a desayunar todos en Santa María de las islas Azores. Me pareció un paraje encantado.

APH. Los tres meses de paso por Madrid, antes de llegar a New York, tengo entendido que fueron muy difíciles ¿por qué?

JRP. Fue difícil y sembrado de humillaciones, concentradas en la salida de Cuba y los dos primeros días en Madrid. Pero no vale la pena detenerse en detalles, insignificantes si se piensa en los infortunios de otros y de la nación. En todo caso las peores dificultades fueron superadas cuando al día siguiente de que se me instalara en una sórdida pensión, me encaminé (yo en ayunas) con mi bebida en brazos, a investigar si las madres filipenses de mi colegio habanero tenían sede en Madrid. Nadie las conocía, hasta que por fin un cura me dirigió a un gran libro en el sótano del arzobispado, y allí di con el paradero de ellas. Poco después toqué el aldabón del Colegio Nuestra Sra. de las Victorias en la calle Zurbano 68, donde se nos acogió los tres meses que tardó que nos dieran la residencia norteamericana. No había clases ni pupilas porque eran las vacaciones de verano, y desde el inicio dos monjas jovencitas, la madre María Piedad y la hermanita Mariana, nos adoptaron, y tanto nos encariñamos con ellas que los míos en La Habana estaban tranquilos.

Todo sería un grato recuerdo si no fuera porque a fines de agosto, muchas de la congregación aceptaron la invitación de una antigua alumna a navegar en un lago. La barca se volcó y dos de ellas no regresaron con vida: precisamente nuestros dos ángeles: María Piedad, el cascabel, y la dulce Mariana. Fue un golpe terrible: mi primer encuentro con la muerte. Los desolados padres de María Piedad se-

guían viniendo al colegio los domingos: le recordábamos a su adorada hija, y sintieron nuestra partida. Pasamos un día completo en casa de ellos antes de viajar a Cádiz para zarpar rumbo a América a bordo del paquebote Guadalupe, gracias al generoso acuerdo de un grupo de cubanos exiliados con la trasatlántica española.

APH. ¿Fue fácil comenzar una vida nueva en Estados Unidos? ¿En algún momento pensó establecerse en otro país?

JRP. Fue difícil y tomó tiempo, pero nunca pensamos ir a otro país. En Miami nos nacieron otros dos hijos y paralelamente se nos reunieron mis padres. Después de la crisis de los misiles, le hicieron una propuesta a mi marido para irnos a la Argentina, pero como no me pareció digna, le pedí no aceptarla. Treinta años después alargué, sí, varios meses uno de mis viajes a Italia, con intenciones de quedarme en la Toscana, pero la súbita enfermedad que en tres meses se llevó a mi madre me hizo regresar a quedarme con mi padre (hija única) hasta su muerte.

APH. A lo largo de todos estos años vividos en los Estados Unidos ¿Qué relación ha tenido con la cultura cubana en el exilio, los proyectos culturales y los artistas y escritores que en las últimas décadas han formado un grupo cada vez más significativo?

JRP. Por supuesto que he participado en muchos proyectos de poesía a los que se me ha invitado: lecturas, revistas, antologías. Y han colaborado con proyectos míos en distintos momentos, poetas, escritores y artistas; siempre en un plano personal, porque no pertenezco a ningún grupo: Heberto Padilla, Reinaldo Arenas, Antonio José Ponte... por mencionar solo unos cuantos. Comencé a publicar en Washington, como ya sabes, y en Miami viví por etapas y a veces como de paso: siete años una vez, luego otros dos, y por último doce hasta que en 2005, ya muerto mi padre, me mudé a Boston cerca de mis hijos. Me consta que la nación cubana resiste enriqueciéndose gracias a su cultura peregrina.

APH. Pablo Antonio Cuadra en una carta que le escribió en otoño de 1985, que se encuentra en su archivo del Houghton Library of Harvard, menciona la inconveniencia de ser una poeta cubana anticastrista exiliada y las puertas que eso le cerraría. Él le dice: “si no fueras cubana en el exilio sino argentina o mexicana, ya te dirían, como yo, Juana Rosa de América” ¿Cómo fue ser una poeta exilada en esos años? ¿Cree que ahora la situación ha cambiado para los escritores, artistas y exiliados en general?

JRP. Pues todo cambia para que todo quede más o menos igual, podría decirte parafraseando la célebre frase de Lampedusa en el *Gattopardo*. Pero si uno tiene su centro fuera del tumulto, por así decirlo, no se detiene ante las puertas que se cierran sino ante las que se abren, a veces a la vez e inesperadamente, por lo que me he sentido siempre afortunada independientemente de lo que pase. En realidad nada está garantizado, pero tampoco es imposible. He llegado a entender que la poesía es la quinta fuerza de la naturaleza. Quizá por eso Martí intuyó que ella es “la fuerza de la vida”, y así nos abre paso.

APH. En su ensayo sobre Camus habla sobre la “soledad moral” del pensador francés ¿Ha vivido esa “soledad moral”?

JRP. Creo que la vive todo el que lleva luz y no se entrega a una ideología que determina, y por ende justifica, lo que se piense o exprese sobre cualquier asunto que atañe al ser humano. Quienes rechazamos todos los regímenes totalitarios sean de derechas o de izquierda, o cualquier coacción de corrección político social de moda, elegimos de hecho esa soledad moral que en ciertos momentos puede que sintamos como consecuencia. Pero está bien que así sea, porque es el único modo de ser una persona íntegra, un artista libre, un pensador solidario, como fue Camus; a quien me acerqué cuando supe de su admiración por Simone Weil, cuya obra ha llegado a nosotros gracias a él, pues hizo que se publicara por entero en la Colección Spoir que dirigía en Gallimard. Amo sus ensayos literarios, el cuaderno de Notas de sus últimos años y la novela autobiográfica (póstuma) que no tuvo tiempo de pulir y acaso completar: *El primer hombre*. Llevaba el manuscrito consigo cuando, con su editor, murió en ese accidente en que se ha percibido la oscura mano de la KGB, como castigo por su condena de la invasión de Hungría. Novela que, para descrédito de los franceses, permaneció inédita tres décadas, por lo mismo que ahora me estás preguntando.

APH. Por muchos años colaboró en revistas como *La Prensa Literaria* de Managua y *Vuelta*, y en el *Miami Herald* escribió por muchos años, primero una columna de opinión y luego en la sección de Artes y Letras ¿Este ensayismo periodístico fue también un trabajo realizado por vocación?

JRP. Absolutamente sí. Siempre escribí sobre lo que me interesaba y apasionaba, fuera o no de actualidad. Y casi nunca lo era en sentido noticioso, la verdad. Los dos jueves al mes que escribí por años en *El Nuevo Herald*, mis columnas podían ser memorias de en-

cuentros, o de viajes a Italia, de lecturas inusitadas, hasta de matemáticas, o breves ensayos sobre temas pertinentes en cualquier tiempo o lugar: las erratas, por ejemplo (Risas); y si aparecían en la página de Opiniones era porque Ramoncito Mestre me pidió que colaborara cuando lo nombraron director, y él me admiraba por mi pensamiento poético: quería un toque diferente. Luego desemboqué naturalmente en Artes y Letras, y continué otros cuantos años escribiendo de libros, autores y hasta compositores, incluso desde Boston. Por un tiempo en Miami escribí de arte para *Aboard*, la revista de las aerolíneas latinoamericanas. En la *Prensa Literaria* que era dominical, publiqué ante todo poesía, pero también prosa, como el “Réquiem por Jorge Guillén: Allegro sostenuto”. Y lo mismo en *Vuelta*, aunque en menor escala.

APH. Sí, pero aunque ha escrito toda esa prosa en la que hay textos actualmente inaccesibles, de registros muy variados, usted prefiere la poesía. Nunca ha publicado un libro de prosas ¿Por qué?

JRP. Es que amo la síntesis. Cuando enseñaba en Tulane y en UM, no dejé de encantar a mis estudiantes siempre con una selección de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna: no fallaba. Tengo por ahí una colección de aforismos poéticos, “Claves de siglo nuevo” publicados en parte en dos plegables de Palabra solar, en la revista *Alhucema* de Granada y en *Artes y Letras* de Managua. Pero tienes razón, la vida y la poesía no me han dejado tiempo para recoger en libro los artículos, prólogos, y breves ensayos, algunos sobre poética, que están dispersos. En prosa solo he publicado el libro de Chopin ya mencionado; hubiese sido un desaire no hacerlo para las celebraciones del bicentenario de su nacimiento. Porque amor obliga. Ah, dejé engavetado a fines de los 80 un libro de relatos breves, “Infancia hasta los huesos”, del que solo se ha publicado uno (“Confesiones de un inmortal”) en una antología. Tal vez publique “Mitalia” y “Memorias del poetariado”: expresión con que bromeaba Pablo Antonio.

APH. Hay un núcleo importante en su obra de contenido político, relacionado casi siempre con su experiencia de exiliada. Como parte de la campaña que hizo por la excarcelación de Ángel Cuadra, editó en Solar una antología de poesía y prosa en la que involucró a poetas y escritores de la talla de Octavio Paz, Ernesto Sábato, Jorge Guillén, Roberto Juarroz, Reinaldo Arenas... ¿Considera que la poesía puede ser un instrumento de cambio social?

JRP. Yo no diría de cambio social sino humano, es decir, a una escala más íntima, que puede o no tener repercusiones, y en todo caso serán en modesta escala; pero lo esencial es que da voz a lo que alienta, sueña y padece en cada uno de nosotros, y haciéndolo imanta la solidaridad de otros: hace visible o audible lo que nos une. Porque todo está conectado y ella lo muestra, como digo en “Nuestra misión”, de *Imaginando la verdad*: “Descubrir la poesía en el rumor:/ el batir de las alas de un zonzún/ dentro del huracán”. Y hablarte de esto me hace recordar que otro de los libros que tenía mi madre en su mesa de noche era la novela de Lin Yutang *Una hoja en la tormenta*: inolvidables sus tres protagonistas. Hermosa metáfora de la fragilidad del ser humano atrapado en los horrores de la historia. La poesía satisface las necesidades del alma, nos impulsa a “hacer lo que nos hace ser” de cara al infinito, como digo en un poema de *Se desata el milagro*. ¿Es poco? Cualquier repercusión político social que pueda o no llegar a tener entonces es para bien y bienvenida. Pero lo suyo es ante todo, como digo en *Tela de concierto*: “borrar la historia al máximo, y de ella dejar solo/ pinceladas cargadas de leyenda”.

APH. ¿Qué nota que ha cambiado desde sus primeros libros?

JRP. Eso le toca a ustedes los críticos percibirlo: ¡menos mal! Ahora en serio: dentro del tono inconfundible, sostenido desde el principio, mi poesía va cambiando a la par de mis experiencias y realizaciones, mis encuentros, vivencias y aprendizajes. Pocas veces sé lo que va a venir luego de terminar un libro, pero solo me interesa el futuro, por eso estoy abierta. Y en un sentido técnico, cada vez más consciente de algo que dijo Leonardo Da Vinci, cuyos lienzos son poesía muda –les iba quitando aristas mediante la *sfumatura*– y de hecho anotó: “El poeta sabrá que ha llegado a la perfección cuando no le quede nada por quitar”. Lo que sobra oscurece, confunde, y eso trato de tener presente. Ojalá que siga acercándome a ese saber. Pero bueno, no te he respondido: tu pregunta es muy buena porque me recuerda algo esencial que se remonta a antes de publicar mi primer libro. Se trata de un breve manifiesto que escribí para esconder, como su nombre pide: “Manifiesto semilla”. Y bien: creo que mi poesía ha cambiado durante estos 45 años tal como lo hace la semilla con respecto al árbol que de ella va creciendo si cayó en buena tierra y recibe alimento. Iniciar “los trabajos de armonía” era una pasión que venía conmigo desde siempre, pero todo lo importante es difícil y toma tiempo.



© Juana Rosa Pita trabajando en la intimidad de su hogar, 2019.

APH. Su poesía, sin dejar de ser rigurosa y profunda, se ha mantenido siempre en un estilo que suena simple y transparente. Siendo una poeta que apuesta por la profundidad en lo claro, ¿aprecia la poesía neobarroca?

JRP. ¿No te parece que hay mucha literatura de esa que llaman neobarroca cuya pretendida profundidad es muy cuestionable? No me gusta la oscuridad innecesaria, ya bastante oscuridad hay en el mundo y los tiempos que vivimos. Por eso, “como los calamares del abismo/suelo esconderme en nubes luminosas”. Y es que tengo para mí que el exceso de tinta solo opera en la superficie. Y la poesía es la palabra de la profundidad.

APH. A partir de *Plaza sitiada* (1987) aparece más frecuentemente el tema religioso en su poesía, y en *Infancia del Pan nuestro* (1995) fe y poesía se unen en un discurso que es también una poética. No obstante esta presencia de lo religioso, que destaca a veces más intensamente, sus poemas tratan de una experiencia humana más que religiosa, una relación con Dios siempre mediada por una escritura impregnada del aquí y el ahora ¿Qué puede decir de este vínculo entre la vida, su poesía y su fe?

JRP. Sí, en efecto, en mi poética la imaginación y la compasión se alimentan mutuamente, como en las vanguardistas se alimentaban la analogía y la ironía; que no desprecio y en ocasiones me sirven, pero no bastan. El vínculo en mí entre vida, poesía y fe es equivalente –en un plano humano temporal– al vínculo eterno entre Padre, Hijo y Espíritu Santo en la Trinidad cristiana: Misterio de misterios que internalizado es fuente de libertad y amor creadores. Tal vez por eso escribí hace mucho que “la poesía es amor por otros medios y hacia fines desconocidos”: verdad que participa en cierto modo de la divina perspectiva de infinito que da fuerza a la mirada para iluminar las cosas de este mundo. No veo que haya contradicción entre el sol y las cosas que ilumina y vivifica. El estilo divino, por así decirlo, aporta en sí la clave de 3 que, tanto en la vida como en el arte, dinamiza la belleza relacional de sonidos, líneas, colores, palabras, pensamientos, emociones y personas, sin perder el oriente de la armonía deseable y deseada que les da sentido. Creo que la poesía nos vincula con lo divino y sus potencialidades latentes en cada uno, que es de hecho lo que nos distingue del resto del mundo animal, por no hablar de las máquinas. Mientras haya poesía, los llamados poderes fuertes –ya sean el estado totalitario, las finanzas, el mercado o el pensamiento único de la sociedad materialista– se las van a ver difícil para convertirnos en un híbrido de animal y robot, que es lo que les conviene.